

La Ilustración

La Ilustración tuvo un gran efecto sobre las culturas europeas, no sólo en Francia. La literatura se difundió, por primera vez, en un espacio público, un poco más abierto e internacional, que ya no se limitaba a la traducción aislada de ciertas obras.

Concretamente, el s. XVIII significó una refundación de la novela, a partir de los modelos españoles: la picaresca y el Quijote. Vio nacer el periodismo de opinión, un paso más allá de Montaigne hacia el ensayo moderno. Además, agudizó los recursos de la crítica contra los modales de la aristocracia, en el teatro y en la sátira.

A diferencia del carácter unilateral que define al despotismo, aunque fuera ilustrado, muchos escritores y lectores, por medio de cartas, en salones, círculos o cafés, subvierten los proyectos de fabricar el mundo desde una torre de control, como también sucede en la actual sociedad de la información... o de la comunicación.

¿A qué llamamos Ilustración?

De similar manera que el Renacimiento o el Barroco, la Ilustración no se refiere a un programa completamente definido u homogéneo (a diferencia del neoclasicismo). Sin embargo, pueden descubrirse similitudes en los procesos sociales y culturales que ocurrieron en toda Europa, a distinto ritmo y con objetivos parcialmente diversos: *les Lumières*, *l'Iluminismo*, *the Enlightenment*, *die Aufklärung*.

A grandes rasgos, hay dos núcleos de muy distinta naturaleza, entre los que se posicionan los demás: Francia e Inglaterra, el despotismo ilustrado y el liberalismo. Francia permanece desde mediados del s. XVII bajo el dominio de una monarquía absoluta que ocupa el puesto tanto del Sacro Imperio como del papado, para ordenar la sociedad en su conjunto. En la medida que las instituciones promovidas o auspiciadas por la monarquía, como las Reales Academias y las Bibliotecas Nacionales en Francia y en España, asumen como propios los objetivos de reforma cultural, social, política y económica, éstos tienen algún efecto y se comunican al resto de la sociedad.

Inglaterra comienza el s. XVIII con una revolución liberal y no sangrienta que limita los poderes reales y los somete al Parlamento y a un gobierno elegido por éste, en el que alternan durante dos siglos los conservadores (*tories*), partidarios del absolutismo, y los liberales propiamente dichos (*whigs*); en poco tiempo, los conservadores asumen la forma liberal de gobierno, aunque se decantan a favor del control monárquico y por el orden jerárquico (p.ej. la cámara de los Lores sobre el Parlamento). Lo más relevante de ese proceso es que instaura la libertad de expresión, lo que da lugar a la proliferación de la prensa diaria y al surgimiento de la opinión pública, aunque bajo influencia y presión de los partidos. Además, promueve las reformas económicas que se consideraban necesarias para facilitar la Revolución Industrial, las cuales no perjudicaron tanto a los *landlores* o *squires* (nobleza propietaria del campo), como a los campesinos que se vieron privados de terrenos comunales y que fueron afectados por el vallado de las propiedades. La agricultura intensiva y la explotación ganadera industrial crecieron a la par que las manufacturas a donde iban a parar los desposeídos de todo recurso para sobrevivir: el proletariado urbano e industrial.

Es cierto que el Renacimiento en Italia, España e Inglaterra había cultivado los modelos clásicos, a modo de inspiración. Hubo una poética clasicista (Cascales, Jáuregui) que hacía recomendaciones a los artistas; y a veces eran escuchados, para desgracia de Cervantes. A diferencia de él, Shakespeare aprendió de Séneca lo que pudiera servir a sus tragedias. Pero Francia orientó la moda europea hacia una imitación formal y, si cabe, más rigurosa: el neoclasicismo. En la disputa entre antiguos y modernos, se

impone como norma el triunfo de los clásicos. Para ello fue decisiva la protección de la monarquía absoluta, que no se priva de actuar como árbitro de la estética, poco menos que el papa en cuestiones religiosas. Luis XIV es la última apelación para Corneille o Molière, aunque el rigor estético promovía Tartufos que se gozaban en sancionar a quien no se atuviera a las reglas por una hora o un lugar. Conviene recordar que Aristóteles sólo hablaba de la unidad de acción y recomendaba que la trama no se disgregara en muchos episodios; así como evitar lo que pareciera inverosímil. Pero el Arte Poética de Boileau, en Francia, y un siglo después, de Luzán en España, exige que el “teatro reglado” guarde las “tres unidades”. Además, los monarcas quieren parecer interesados en la reforma de las costumbres, como parte de su legitimación ante la masa del pueblo, tanto protestantes como católicos; al mismo tiempo, Luis XIV va añadiendo madames a su harén, por lo general de modo no simultáneo para evitar las reyertas. En cualquier caso y país, los reyes —entre ellos el papa-rey— protegían los privilegios feudales de la aristocracia contra cualquier insinuación. En Francia, la policía del Régimen sustituyó a la Inquisición, de modo que las ideas circulaban más y mejor, siempre que no se refiriesen al orden social y político: la metafísica, la matemática y las ciencias no tenían problemas.

Por su parte, el Reino Unido dio cabida en su sistema a las ideas del liberalismo político, que aspiraba a limitar el poder real, y al liberalismo económico que promovió el ascenso de la burguesía, aliada de la aristocracia “industriosa”, hasta el dominio de la sociedad, en beneficio del “progreso”. Ciertamente, el liberalismo inglés fue, durante la Ilustración, una alternativa reconocida al despotismo ilustrado, cuyo prototipo era Francia y la dinastía borbónica.

Pero el s. XVIII vio nacer otras teorías que desafiaban el orden económico y político, como ya hacía dos siglos que distintos grupos o pensadores propugnaban una religión sin templos y sin jerarquías. El mito de la Edad de Oro y las utopías fueron adquiriendo un perfil más concreto, para proponer una economía sin propiedad privada o un régimen político sin monarquía.

La novedad mayor en materia de pensamiento no fue el teísmo de la religión natural, aunque se propagó a través de la masonería y se independizó de cualquier (otra) iglesia, sino un pesimismo existencial como resultado de la experiencia, que provocaba escándalo a teólogos y filósofos por igual. Si el cosmos era la imagen preferida por científicos como Kepler o Newton (a diferencia de Galileo) para descubrir el designio divino, entonces no cabía explicar las catástrofes dentro de tal orden; a no ser que se condenara al ser humano por ser vulnerable. Son los argumentos que ofrecen Voltaire o Diderot para preferir ser pesimistas a homicidas. Rousseau no se dejaba alterar por los terremotos, tanto como por la injusticia social y la corrupción de las costumbres (incluidas las suyas) que eran resultado de la civilización; en consecuencia, era preferible volver los ojos a la belleza natural y dejarse conmover por su ingenuidad, a la vez que buscaba el fundamento de la verdad en el interior de la persona: en su conciencia moral.

¿En qué se diferencia la Ilustración del neoclasicismo?

Una de las dimensiones de la Ilustración, en continuidad con el Renacimiento y el Barroco, fue la recuperación de los clásicos antiguos frente a la literatura medieval. Esa prevalencia se acentuó en Francia hasta provocar el olvido de su propia literatura, la cual no será recuperada hasta la actividad de los románticos.

La estética neoclásica en Francia se caracteriza por la imposición oficial de los prototipos clasicistas, incluso por medio de la censura contra los transgresores. Esto

comenzó ya a mediados del s. XVII y condicionó especialmente las formas del teatro que podía o no representarse con el patrocinio del rey. En España se pretendió algo parecido al cabo de un siglo, bajo el reinado de Carlos III.

En Inglaterra y en España, la imitación del teatro clásico, sobre todo, la comedia de Plauto y la tragedia de Séneca, había comenzado antes, por iniciativa de los autores como fruto del Renacimiento. Pero no adquirió un rango oficial, como tampoco en Italia, Portugal o Alemania.

Lo que se propaga por toda Europa es un imaginario mitológico y la idealización del mundo pastoril o bucólico, como consecuencia de un cambio en los gustos de la aristocracia, que le otorga preferencia sobre la imaginación medieval y caballeresca. En realidad, se trataba de una prolongación del Barroco bajo formas convencionales y más sofisticadas: el Rococó. Como vimos en la unidad anterior, un órgano principal para esa difusión fue el teatro musical y la ópera, que sirvió para conectar a las audiencias aristocráticas y la alta burguesía por toda Europa. En ese ámbito, los italianos seguían siendo los más influyentes.

¿Cuáles son las fuentes del ideario ilustrado?

Por encima de la moda estética, que sólo afecta a la aristocracia, el ideario ilustrado se propaga por toda Europa como resultado de la comunicación entre pensadores y científicos. Su propósito es la libre investigación y el libre pensamiento en la búsqueda de la verdad, sea a partir de principios incuestionables, como no dejó de hacer la metafísica filosófica desde Descartes; sea por medio de la experiencia como fuente incuestionable, como propugna el empirismo anglosajón.

Dentro del ideario ilustrado caben todos los intentos para promover el progreso moral, económico y político, a través de la reforma de la sociedad. La Enciclopedia francesa sirve al propósito de reunir todas las dimensiones del saber humano, como alternativa al dominio de la Teología y a los poderosos rastros de la teocracia medieval. En España, Juan Andrés considera que la “literatura” abarca todo lo escrito con buena intención y con algún valor estético (docere y delectare), desde la poesía hasta las ciencias, la filosofía y la teología.

Hay que tener en cuenta que tanto la Reforma en los países, regiones y grupos protestantes, como la Contrarreforma católica, habían propiciado un mayor control de los respectivos gobiernos sobre la comunicación y el pensamiento. La Inquisición en los países católicos tiene su correlato en el puritanismo que se disputó el poder en Francia y en Inglaterra, con católicos y anglicanos, respectivamente. Las guerras entre los príncipes alemanes y su emperador, Francia contra España, se habían servido de la religión como pretexto para extender o poner límites a la influencia de unos monarcas sobre otros, incluyendo al papa.

De esa marea de violencia fanática sólo persistió la institución inquisitorial, hasta la invasión napoleónica en Italia y en España. En el plano de las ideas y las costumbres, el puritanismo coadyuvó a promover una reforma moral, que comenzó por suprimir el teatro en Inglaterra, después de Shakespeare; pero continuó por un deseo general de mejorar las costumbres por medio de la literatura y de las artes.

Esa nueva moralidad, junto con una espiritualidad doméstica y sencilla, no surge espontáneamente de la aristocracia, sino de la burguesía ascendente por toda Europa. Los nobles en los respectivos países se caracterizaron por una tendencia disociadora entre el imaginario bucólico o popularista (como en España), una mentalidad feudal y un comportamiento libertino (más que liberal), que hacía uso de los miembros de las demás clases sociales como medio: el control de los medios de producción en la

economía, aunque fuera el incipiente capitalismo; el control de los ejércitos, en entente con los monarcas; el ejercicio de la violencia legal, en disputa o colaboración con los grupos de poder religioso y con la burguesía que promueve la construcción de un estado autónomo y la separación de los poderes judicial, legislativo y ejecutivo (Montesquieu). Tal separación, de hecho, se había realizado en Inglaterra como resultado de dos revoluciones: una violenta, liderada por Cronwell y los “sin peluca”, es decir, los burgueses puritanos; otra, no violenta, por los liberales que obligaron al rey Carlos II a ceder buena parte de su poder al Parlamento y los Lores, así como a autorizar la libertad de expresión, junto con las libertades económicas.

Así pues, la reforma moral tiene por objetivo tanto a la aristocracia como a las “clases inferiores”, a quienes los burgueses (filósofos o puritanos) acusan de abusos de poder, corrupción y libertinaje. En consecuencia, el progreso era interpretado de distintas maneras por nobles y por burgueses; a su vez, como veremos en las próximas unidades didácticas, los burgueses ilustrados no esperaban lo mismo de una revolución, más o menos deseada, que el pueblo sometido a los designios de sus gobernantes como una fuerza de producción o una materia prima, sea en el marco del feudalismo, sea en el de la Revolución Industrial.

¿Qué medios utilizó la Ilustración para difundir sus ideas?

Las nuevas ideas respecto al cosmos, la economía y la política se expresaron y difundieron por medio de nuevos discursos, cuya forma se había gestado en el Renacimiento: diálogos, tratados, ensayo, libelo, fábula, sátira. El deseo de objetividad ayuda a perfilar la prosa y a hacerla más eficaz; a la vez que se desarrollan todas las formas de argumentación y de crítica contra las costumbres depravadas, las supersticiones, el despotismo.

Pero los órganos literarios de la crítica de costumbres fueron el teatro y la novela, con permiso de los puritanos y con el empuje de los metodistas en Inglaterra. También los católicos, sobre todo por inspiración de los jesuitas, hicieron algo similar en Francia, Italia y España. No obstante, a lo largo del s. XVIII, comenzando por Inglaterra, la crítica es acompañada o sustituida por lo que cabría llamar de romanticismo: el gusto por el *romance* y la sentimentalidad, si no diera pie a la confusión con el movimiento posterior, con nuevas raíces y objetivos.

En la Ilustración sentimental hay que destacar el protagonismo de las mujeres y el debate sobre su posición social frente a los privilegios patriarcales, aunque comenzara por limitarse al teatro y la imaginación de la vida doméstica. Sólo al final de siglo se plantean con toda claridad, al hilo de la Revolución Francesa, los principios del movimiento feminista, que se ha caracterizado y sigue haciéndolo por no conformarse con reformar las relaciones familiares; de hecho, tales cambios son poco viables y nada duraderos si no van acompañados del reconocimiento a la equidad en el espacio público: la educación, la creación literaria y artística, el pensamiento, el trabajo y las profesiones.

¿Qué aporta la Ilustración al surgimiento de la modernidad literaria y cultural? ¿Qué géneros literarios surgen o se desarrollan en ese periodo?

En lo que respecta a la literatura, la Ilustración sienta sus bases en el Renacimiento; pudimos comprobarlo en la unidad didáctica 8. La mayoría de los géneros de la modernidad literaria, tanto la lírica y la dramática, como incluso la novela y el ensayo,

maduraron o adquirieron una primera forma en el s. XVI, si hacemos caso a quienes sitúan la producción de Cervantes, Montaigne y Shakespeare en el cénit del humanismo. Lo cual no quita que la novela, el teatro y las formas de la prosa ensayística alcanzaran una mayor madurez y diversificación, en directa connivencia con los fines de la Ilustración.

Ese desarrollo es especialmente ostensible en el caso de la novela y en el ámbito de la lengua inglesa durante el s. XVIII. Por eso he preferido dedicar un mayor espacio dentro de esta unidad al estudio de la novela moderna, desde sus orígenes en la picaresca y en Cervantes. De esa manera, completamos el panorama de los géneros surgidos o recreados por la modernidad europea, gracias al encuentro entre la cultura greco-latina, las fuentes bíblicas del judaísmo y el cristianismo, el Islam (aunque en menor medida) y, sobre todo, las tradiciones populares en lenguas autóctonas, que maduraron durante el espacio de un milenio bajo la costra de la cultura estamental del Antiguo Régimen. De hecho, ese cruce de culturas no se completó hasta el movimiento romántico. Todavía sigue vivo y actuante, gracias a un continuo proceso de comunicación en la cultura local y global: la inmigración de muchos orígenes, el pluralismo, los medios digitales.

La relativa novedad de esta época está asociada a nuevas esferas sociales de interacción: la prensa escrita y la esfera política, comenzando por Inglaterra y siguiendo por la Revolución en Norteamérica y en Francia. El periodismo se hace cargo de los géneros de información y opinión que, hasta entonces, se habían difundido de forma libresca, y que siguieron haciéndolo: el ensayo, en primer lugar; la noticia, el anuncio (es decir, la propaganda), la crónica de sucesos, el retrato y el reportaje; pero también la sátira y la crítica de las costumbres o la crítica política. Leyendo un artículo de Addison o Steele hay que desconfiar de quien diga que el periodismo creativo “surgió en el s. XX” (y en USA). Más bien, lo que ocurrió fue un retorno al origen, cuando los ensayistas ocupaban los mejores espacios del periódico; mientras que los narradores de sucesos combinaban, como Daniel Defoe, la escritura de novelas con el periodismo.

¿Cómo empieza a surgir un espacio público de información y de opinión?

El modelo de una sociedad abierta y plural se había anticipado en algunos momentos de la Historia de Europa y el Mediterráneo, a los que ya me he referido antes: la sociedad y la cultura de Atenas; el fin de las persecuciones religiosas en el s. IV, entre el 313 y el 380, que aceleró la integración entre cristianismo, judaísmo y paganismo, hasta la declaración totalitaria de una Cristiandad imperial; el ámbito cultural de una Europa unida y pacífica que propugnó el humanismo desde el Renacimiento y que dio lugar a algunos espacios de libertad, antes de las guerras de religión. Posteriormente, el espacio abierto por las revoluciones inglesas (ss. XVII y comienzos del XVIII) y la independencia de EEUU (1776) a una creciente libertad de expresión.

Antes que en Reino Unido, habían surgido publicaciones periódicas en Holanda y en Alemania, por la peculiar situación de los Países Bajos, entre los contendientes por el dominio, y la dispersión política de los estados alemanes (s. XVII). Pero esa misma condición se convirtió durante el s. XVIII en una censura multiplicada. En Francia, bajo el absolutismo, se implantó un modelo de prensa estatal que fue traducido e imitado por los déspotas ilustrados durante el s. XVIII (Prusia, Rusia, España): la *Gazette* política, el *Journal des Savants* de carácter científico y el *Mercur Galant* dedicado a las letras.

Las mujeres ya habían comenzado a participar, con cuentagotas, en el espacio abierto por el humanismo, aunque en menor medida que lo hicieron –paradójicamente– durante la edad media, a través de la vida monástica. La tradición clásica recuperada por el

Renacimiento no había ayudado en mucho, porque era claramente misógina. Tan sólo algunos autores y las mejores obras superaron ese freno, comenzando por las mujeres creadoras: Shakespeare, Cervantes, Teresa de Jesús.

Así pues, el humanismo y la imprenta se conjugaron desde el s. XV para facilitar la comunicación en una república literaria de letrados y sabios, sobre todo; mientras que la conjunción entre el liberalismo político y los nuevos medios de comunicación: la prensa diaria y el periodismo, en general, sirvieron para reunir a una comunidad política en la que, al principio, sólo participaban burgueses y aristócratas.

La prensa “libre” era sometida en Europa continental a censuras muy rigurosas, bajo amenaza de cárcel o muerte. En Inglaterra estuvo vigente durante todo el siglo XVIII una especie de autocensura que caracterizaba al hombre prudente y al escritor de éxito en el medio aristocrático-burgués, en gran medida por miedo a los procesos judiciales y las multas. No es casual que las extralimitaciones a esa prudencia fueran permitidas a los libertinos, desde Cleland hasta el Marqués de Sade, en mucha mayor medida que a las personas de clase social inferior, sin medios para expresarse; y frente a quienes tomaban partido por cambios notables más allá del orden social vigente. Basta recordar, en España, la trayectoria de intelectuales como Jovellanos, quien pasó de ser nombrado y aupado por la monarquía, antes de la Revolución Francesa, a periodos de cárcel o intentos de envenenamiento, durante el periodo posterior. Aun tuvo tiempo de formar parte de la Junta Central, contra la invasión napoleónica, y propiciar la Constitución de Cádiz. En la próxima unidad trataremos un poco más sobre esta cuestión, esta vez por medio de la vida de Goya o de Larra: el liberalismo frustrado por la Restauración monárquico-absolutista.

En este momento hay que destacar, además de Jovellanos, el destino de Rousseau, marginado durante toda su vida; o la escasa comprensión que recibieron las críticas de Voltaire hacia clérigos y religiosos, hasta el punto de satanizarlo por encima de Robespierre. No otra cosa les había ocurrido en España, dos siglos antes, a Erasmo y los erasmistas. Así pues, la dialéctica entre católicos de mentalidad inquisitorial, defensores del Antiguo Régimen, y liberales revolucionarios y anticlericales, hasta tiempos demasiado recientes, se gesta en el marco de esa intolerancia fanática, valga la redundancia.

Sin embargo, la misma o semejante crítica merecen las persecuciones contra los jesuitas a que dio lugar el despotismo ilustrado. Aunque era posible a muchos intelectuales, como a Casanova, escapar a las persecuciones de la Inquisición hacia Francia, y de Francia pasar a Inglaterra, la expulsión de los jesuitas concertaba a los gobiernos de ambas orillas. En la novela *Cándido*, las notas más agrias e injustas de Voltaire, en la medida que no se basan sobre la experiencia, se refieren a las Reducciones del Paraguay y Bolivia que impulsaron los jesuitas. No se puede obviar que la realización práctica de una sociedad donde la propiedad fuera comunitaria y los medios estuvieran al servicio de todos sus miembros no era grata a Voltaire, a diferencia del Jovellanos anciano.

Tampoco cabe olvidar que el partido de los jesuitas en Francia consiguió encarcelar a Diderot poco antes de comenzar su edición de la Enciclopedia, por un tratado que defendía el origen de las ideas en la experiencia, contra el racionalismo cartesiano y la metafísica (*Carta sobre los ciegos*); sin embargo, se avinieron a liberarlo para que realizara su labor, a la vez que censuraban los contenidos de los sucesivos títulos. Ciertamente que la Enciclopedia se publicó, de todos modos; sus efectos fueron mayúsculos, “con permiso de los jesuitas”. Pero esa actitud inquisitorial y totalitaria por parte de la Iglesia era insostenible para la mayoría de la sociedad civil, que hacía suyo el principio de libre investigación.

En ninguna época basta el maravilloso testimonio de las Reducciones del Paraguay para justificar un proyecto de control mundial. Había jesuitas que colaboraban con el espíritu de la Enciclopedia, como Juan Andrés, en su exilio italiano; un periódico jesuita, el *Journal de Trevoux*, dedicado al pensamiento, fue el primero en desafiar el monopolio del estado francés. Otros propugnaban el fin del mundo bajo el gobierno de Cristo Rey (Manuel Lacunza, *La venida del Mesías en gloria y majestad*) y, además, no querían escuchar objeciones. Mientras tanto, la aristocracia seguía reinando junto con el monarca absoluto, hasta que llegó la Revolución Francesa.

En suma, tanto la teocracia y el despotismo ilustrado, como el liberalismo en su acepción más restringida ponían un límite obvio a la comunicación: la unilateralidad. Sólo quienes tuvieron medios suficientes (*classis*: clasismo, clásicos) pudieron ejercer de forma pública y abierta su derecho a comunicar, previamente ganado en una educación clasista. La Inquisición en España garantizaba que ese canal en una sola dirección fuera ocupado, además, por una sola doctrina.

La primera vez que se reconoció a la educación el carácter de un derecho universal fue en la declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano, por la Asamblea Nacional francesa, en 1789. Un año después, la Asamblea Legislativa encargó a Condorcet un informe sobre la realización práctica del derecho por medio de la “instrucción pública”, el cual ha servido de modelo a la UNESCO para sus programas a favor de la educación pública y universal. No obstante, Condorcet fue condenado a la guillotina, sin protección jurídica y contra los más elementales derechos, como la feminista Olympia de Gournay o el poeta André Chénier, durante el Terror (1794). La Convención (1792-1795) emuló y superó a la Inquisición en la intensidad y la concentración de sus crímenes.

Las garantías a la libertad de prensa que hoy conocemos –aunque insuficientes por otros motivos: los económicos– surgieron de la Constitución de EEUU (1787), concretamente de la Primera Enmienda (1791): “El Congreso no podrá aprobar ninguna ley que coarte la libertad de palabra o de imprenta”, como tampoco la libertad religiosa. En Inglaterra, durante el s. XVIII, las empresas periodísticas tenían que afrontar gravosos impuestos, procesos judiciales y enormes multas que limitaron la opinión a un espectro político determinado: liberales y conservadores. Comenzando por EEUU y continuando por Europa, a lo largo del s. XIX, surgen las nuevas estructuras que podían soportar la libertad de expresión en un espacio público de opinión e información. Después del brevísimo portón abierto por la Revolución Francesa, rápidamente cerrado por la época del Terror y la censura napoleónica (p.ej. contra Madame de Staehl), los movimientos sociales fueron minando los muros interpuestos por la Restauración a través de redes subversivas y conspiradoras (en las que encajan aventureros como Byron, Espronceda, Garibaldi o Marx), que acaban fraguando en forma de publicaciones y ateneos burgueses y obreros, así como diversas instituciones de educación popular. Desde la segunda mitad del s. XIX, en EEUU, la participación de las mujeres en el periodismo fue creciendo de modo constante.

Sobre la base de esa descripción cabe imaginar un futuro distinto y una sociedad donde las personas, además de expresarse, sean escuchadas a través de redes sociales de comunicación real. Lo más esperanzador de la última revolución digital, comparable a la imprenta de Gutenberg, es su servicio a la ampliación del espacio de la relevancia y el valor público a cientos de millones de voces-personas. A pesar de las limitaciones que siguen poniendo el reparto injusto del capital y las ganas incontenibles de hacer negocio (p.ej. limitando el acceso a la información a un grupo de suscriptores), lo que caracteriza a las TICs es la comunicación *bilateral/multilateral* y *horizontal*.

A nosotros nos toca aprender el uso de ese instrumento, no sólo en lo que tiene de técnica disponible gracias a una red mundial (GNU, Creative Commons, Wikipedia, Google), sino, en general, por las oportunidades que ofrece al desarrollo humano: el encuentro, el servicio mutuo, la comprensión, la inteligencia emotiva, el amor.

¿Cómo y cuándo se relacionan el periodismo y la literatura?

Al filo del s. XVIII, Defoe y Swift ejercieron por primera vez el oficio común de periodistas y novelistas, como se haría frecuente en Europa a partir del s. XIX. El periodismo de la época se basaba en los géneros de la opinión y de la crítica, que Steele (*The Tatler*) y Addison (*The Spectator*) convirtieron en formas ensayísticas, más allá del estricto partidismo: la crítica de costumbres.

Así continuó hasta la era de las agencias de noticias, el teletipo, la fotografía (el periodismo gráfico), el cartelismo o las ilustraciones, a finales del s. XIX y comienzos del XX, cuando prevaleció el lenguaje informativo, junto con los géneros de noticias: noticia, crónica, reportaje. A esa época corresponde la expansión de la prensa popular en lenguaje asequible a un público de masas, preocupado por la noticia antes que cualquier otra dimensión. De aquel entonces procede una deontología profesional, simbolizada por Pulitzer, sobre la objetividad de la noticia y lo noticiable, tanto como por destapar los casos ocultos de relevancia social, a diferencia de un periodismo *amarillo* que inventa el acontecimiento, con tal de vender, y se alinea con las empresas bélicas o colonialistas para ganar influencia. Lo que llamamos “nuevo periodismo” (en términos de Tom Wolfe), desde mediados del s. XX, consistió en una especie de renacimiento del oficio gracias a la actividad de escritores-narradores: críticos sociales, corresponsales, cronistas de guerra, narradores o novelistas, como Upton Sinclair, Ramón J. Sender, Hemingway, Graham Greene, García Márquez, Elena Poniatowska, Rosa Montero, Ryszard Kapusinski. En España y Latinoamérica, como destaca, p.ej., Jorge Edwards, la relación entre periodismo y literatura ha sido muy intensa y, en realidad, no ha conocido interrupción, desde Jovellanos, José María Blanco White, Quintana, Mesonero Romanos, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Larra, Emilia Pardo Bazán, Clarín, Azorín, Unamuno, Ortega, Manuel Chaves Nogales, hasta los escritores de la transición; desde Sarmiento, José Martí, Rubén Darío, Borges, Cortázar, Vargas Llosa, Tomás Eloy Martínez, Sergio Ramírez hasta Laura Restrepo.